

El pensamiento en armas

A Teótimo Pichote

Me preguntas apreciable bobo, cuál, en esta contienda, va a ser tu suerte, la de tu hermano Cacaseno y la de tu primo Bertoldino Majaderano. Te contesto que haré lo que me parezca y de lo que me preocupa de los míos. Sin embargo, como sois tantos Pichotes, los Cacasenos y los Majaderanos, no me parece inoportuno decirte algunas palabras verdades, si no para torcer tu destino, para demostrarte la conveniencia de demostrarte con sus decisiones implacables.

En la tierra, no amado, pero sí compadecido Teótimo, hay dos clases de desdichados, y son, a saber: la de los que sufren la desgracia sin merecerla y la de quienes se la buscaron por maldad o bien, y esto es lo más frecuente, por ignorancia o franca estulticia. Algo acerca de este tema pudieras hallar en el «Crítico», de Gracian, y en el «Libro de los ejemplos», del infante don Juan Manuel, si fueras capaz de consultar otros clásicos que tus libros de caja y tus talonarios de arrendamientos y de cuentas corrientes. Pues bien; en este grupo te encuentras y en él se halla clasificada tu ensimismada e inconsciente familia. Lo tenéis todo a toda costa, erigidos en adoctrinadores y directores de las ajenas conciencias, cuando la vuestra era tan tosca y dura como las piedras de las montañas.

Eras tú propietario de cinco hermosas fincas urbanas en Madrid; vivías, si no como un Nabab, porque los Nababs suelen tener cierto gusto estético, al menos como un «nabacillo», cual un nuevo rico, sin trabajar. Guardabas en tu arquilla de Harpagón el importe de los alquileres. Tu hermano Cacaseno era terrateniente acaudalado en la provincia de Toledo, y residía en la bella ciudad imperial, sin otra ocupación que la de percibir el fruto del sudor angustioso de arrendatarios, pegujaleros y gañanes. Tampoco trabajaba. En cuanto tu primo Majaderano, tenía subarrendado un lujoso comercio en Almería y era dueño además, de muchos valores industriales de Ferrocarriles. Todos érais dichosos como pueden ser los bobos que «se meten en casa», pero sin medir las consecuencias, funestas para la buena higiene, de «barrer para adentro».

Y he aquí, que fué proclamada la República. ¡Monstrum horrendum! y, temblando como las liebres, os hicisteis la misma pregunta de ahora: «¿Qué va a ser de nosotros?» Pero la República fué buena y piadosa, demasiado piadosa, y os respetó sin preguntas el origen de vuestras riquezas. Claro es que podía suceder que, mejorando la condición de los obreros y campesinos, se llegase a aminorar las rentas; pero todo se reduciría a que, en vez de ahorrar diez mil duros, ahorrarais nueve.

Mirabais eso como un desprecio. Lo que se atesora sin trabajar es sagrado. Si los trabajadores se morían de hambre, que hubieran nacido en mejor cuna o que les hubiera favorecido la suerte y tenido astucia para negociar con incautos. E, inmediatamente, os afiliasteis a las organizaciones monárquicas y tradicionalistas y contribuisteis a desacreditar a la República, aplaudiendo a los autores de incendios y disparando, en alguna ocasión, desde vuestros balcones, sobre las manifestaciones obreras. Cuando llegó, por fin, el momento propicio, votasteis, como un solo bobo, a las derechas para que fortificasen la Sierra del Guadarrama, vendiesen el territorio nacional al extranjero y martirizasen y matasen, sin misericordia, a los rebeldes asturianos, amenazando con hacer lo propio con los trabajadores asociados y aun con los republicanos izquierdistas. Todo antes que ver disminuir en un solo céntimo la liquidación de vuestros idolatrados libros de caja.

La opinión pública reaccionó, parte por algo que no se encuentra en vuestro haber, el sentimiento de dignidad, y parte por instinto de conservación, y, a pesar de vuestras malas artes, fuisteis derrotados en las últimas elecciones. Pero vuestros amigos, los generales traidores de la monarquía, lo tenían todo previsto y se sublebaron. ¡Con qué júbilo visteis el alzamiento criminal! ¡Con qué alegría, luego, la llegada a España de moros, portugueses, italianos, irlandeses y etíopes! Aquellos a quienes llamabais rojos serían muy pronto vendidos, aniquilados, exterminados. Al cabo de once meses de guerra continuais abrigando la misma feroz esperanza.

Pero vosotros, malignos bobos, habéis sido víctimas de vuestra propia necedad. Tus hijos de Madrid han sido pulverizadas por los «Junkers» germanos y los «Capronis» de Mussolini. Las tierras de tu hermano han sido deshechas y troceadas en informes barrancos; nunca volverá a poseerlas, y su hija, a quien sorprendió la guerra en Durango, ha muerto en una iglesia bombardeada por los aviones extranjeros, cuando tomaba la comunión. Tu primo ha visto destruido su hermoso comercio y sus valores de Ferrocarriles no volverán a cotizarse, después de los destrozos hechos por los facciosos y los defensores de la Democracia en las líneas y estaciones férreas. Os veis arruinados por los que se llaman vuestro protectores. Y tanto otro pasa a los bobos como vosotros, que no vienen que pierde siempre en estas horribles catástrofes quien tiene que perder, que él es el primer interesado en no provocar guerras de exterminio y en no poner sus bienes, ni sus personas a merced de invasores que

únicamente buscan su propio y exclusivo provecho. ¡Qué no harían todos los bobos, ahora clarividentes, por volver al primer Gobierno de Azaña!

Todavía hay otros tantos en el campo faccioso que suponen que, acabada la guerra, volverán a su antiguo bienestar. Su dinero ya nada vale. Han sido expropiados por los italianos y los alemanes. Tendrán que vivir de su trabajo, si saben trabajar, gane quien gane. La miseria más espantosa les espera.

A unos y a otros os queda un consuelo, el de sufrir todo con resignación, leyendo el «Kempis» y el «Diamante del Cristiano», o, como dice el vulgo, «llamando a Cachano con dos tejas». Lo habéis querido. Lo malo es que habéis querido la ruina de la patria y la desdicha de muchos pacíficos ciudadanos, que sabían en lo que acababan las dictaduras y todos los fanatismos cerriles y que de nada tienen culpa.

Salud, Teotimillo: paciencia y expresiones a todos tus compañeros, los bobos de Babia y de Coria.

ANTONIO ZOZAYA

El espíritu fraternal del 19 Julio

El 19 de Julio nadie le preguntaba al que tenía el lado que era ni cómo se llamaba. Cuando uno veía a su lado a un hombre con un fusil—¡que fusil! con una escopeta o una pistola de esas de cachorrillo, de tipo antiguo—no veía a su lado más que a un antifascista, un amigo, un compañero, un hermano. No se le preguntaba tampoco: ¿Y vosotros, cuántos sois? ¿De qué sector sois o a qué color pertenecéis? No se veía al lado más que a un antifascista. Y aquello daba fe, daba entusiasmo, daba calor, daba vida y hacía concebir la esperanza de que aquel bloque era indestructible, de que aquel bloque no podía vencerse.

Nosotros, ante la gravedad del momento y el tamaño del enemigo, no vacilamos en nada. Se nos dijo: Hay que crear los Comités de Frente Popular, y a los Comités de Frente Popular fuimos. Se nos dijo: Hay que crear las Juntas de Defensa Provinciales, y a las Juntas de Defensa Provinciales, fuimos. Y no pedimos este o aquel puesto, ni esta ni aquella supremacía. Aceptamos los puestos que se nos dieron y en ellos colaboramos con fe y con entusiasmo.

Vino después un momento, momento gravísimo; quizá no tanto como el momento de hoy pero gravísimo también. La C. N. T. entró a formar parte del Gobierno, acoplar a él para dar la sensación de fuerza, para dar la sensación de unidad, que se necesitaba. Y la C. N. T. fué al Gobierno, a los puestos y a los cargos que se le designaron. Habíamos sacrificado y puesto delante de una de nuestras afirmaciones, un EX mayúsculo. Pero lo habíamos sacrificado a la necesidad de GANAR LA GUERRA.

(Palabras de Galo Díez)

CAMPESINOS DE CASTILLA

Diálogo dedicado a Mercedes Francia

Por las vastas llanuras de la Mancha,
donde Cervantes torjó su libro humano,
(Dulcinea, el Quijote y Sancho Panza)
pascan un mozo y un anciano.

Resplandecen los ojos del vejete
y se aburre de tedio el mozo/bete.

—Escúchame, abuelo, no comprendo
que te alegres estas tierras viendo.

—Esta tierra es muy buena y es muy noble...

—Pero es lo que yo os estoy diciendo;
no se ve ni la sombra de algún rico.

—Pero da mucha uva y mucho trigo
y es para el hombre su mejor amigo;
yo también las labré, mil sinsabores...

—Yo me aburro hablando así contigo,
—Porque no las regaron los sudores.

En tiempos que pasaron
estas tierras hermosas se regaron
con la sangre de humildes campesinos,
que sin descanso y con amor trabajaron
bajo la argolla de férreos caciquismos.
Este sol que ahora baña la fértil campiña
dorando los trigales,
prestando su calor a nuestra viña,
testigo fué de todos nuestros males;
él, presencié nuestra continua ruina.
El, nos quemó la espalda en el verano
y nos prestó su vida en el invierno,

él, sabé la amargura de un hermano
que dobló la cerviz, cual tallo tierno!
El, también presencié aquel gran día
que germinó en nuestro pecho la Anarquía
hartos ya de insidias y reverses,
y temblaros de miedo los burgueses
al grito de nuestra rebeldía.

¿Cómo quieres, mozo, que yo esté entristecido
contemplando este campo florecido;
si palpita en su tierra un corazón,
¡el corazón del hombre aquel vencido
que conquistó la tierra con la Revolución!
Y es que mi vida está en el tajo,
entre estos terruños mi trabajo,
y si algún nuevo rico quiere tierra
ya verán cómo plantean la guerra
los humildes labriegos los de abajo.

—¿Qué se creen los sudores dictadores,
que seguirán explotando los sudores
del callado y sufrido campesino?
¡Muy floridas y hermosas son las flores!
¡Muy sencillo el sendero, muy llano el camino.
Pero la tierra es nuestra, de quien la trabaja;
conforme fué mi vida, será pues mi mortaja;
y han de saber esos que ciega la ambición,
que si los lobos vienen a nuestra tierra baja
aquí esperan los hombres que tienen la razón.

IGNACIO MARTIN
(de las JJ, I.L. de Alcázar).

¡COMPAÑEROS!!:

No tireis los trapos ni el papel
PORQUE VALEN DINERO

En los talleres donde se edita este semanario, compramos papel inservible y trapo viejo de todas clases, a precios elevados.

La economía de la cruenta lucha que sostenemos exige que no se tire nada, porque todo es necesario.

Rogamos a los talleres de sastrería, a las imprentas, a los sindicatos y a todos en general, que se hagan eco de nuestra demanda y nos cedan en venta cuanto papel y trapo viejo tengan.

Para partidas de importancia, se nos pasará aviso y nos encargaremos de recogerlo.